han sido inteligentes para no convencer de las posibilidades de una economía creativa y de hacer evidente el impacto cultural. De hacer evidentes los valores del arte y la cultura en la vida cotidiana y la oportunidad de invertir en una actividad que fortalecerá nuestro desarrollo. No se cree porque no hay evidencias.

Así, al menos en el caso mexicano: Economía y Cultura se encuentran muy disociadas. Y necesitarán de un alcahuete para unirse, de una "Celestina" que al menos en nuestra historia siempre ha sido la Política.

El gobierno ha sido el principal responsable de la política cultural. Con mayor claridad desde la mítica administración de José Vasconcelos y en periodos de institucionalización, el primero con la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional de Bellas Artes y el segundo con el decreto de fundación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Si bien ha existido un gradualismo para ajustar las instituciones a "los nuevos tiempos", esto ha sido más en el terreno administrativo, principalmente para reducir duplicidades de funciones y optimizar recursos, pero no con una visión a futuro que incorpore una relación transversal con otros sectores.

Por ejemplo, en el aparato cultural no existen objetivos claros en el apoyo abierto a las industrias creativas, no hay incentivos ni fiscales ni administrativos. No es un tema continuo y consistente de la política exterior. Inclusive no existe una cartografía clara de cómo está constituido este subsector. Existen confusiones que sólo incorporan a los grandes corporativos de medios de comunicación, que se supone no necesitan apoyos ni una política cultural, sino una reglamentación en materia de competencia. La confusión deja de lado a los artistas de artes escénicas, productores independientes, microempresa culturales que no existen para el aparato cultural y mucho menos para otros sectores económicos (hacienda, turismo y comercio) El desinterés se provoca por los prejuicios y la interpretación del libre mercado establecidos en los tratados de comercio. Una pésima comprensión impone a nuestra industria y nuestras empresas culturales condiciones rígidas, que privilegia la competencia desleal con iniciativas similares de otros países.

Nuestro sistema cultural establece políticas culturales que se quedan en la primera generación, se basan en "el estímulo a la creación, la difusión cultural y la preservación del patrimonio" con una visión conservadora:

El estímulo es asistencialista: las becas para ayudar a los artistas sin importar si hay retroalimentación de su trabajo con públicos; sin importar si el escritor es leído; el coreógrafo, cineastas o dramaturgo son vistos por espectadores. El consumo no es importante, sino sólo el apoyo al artista. A lo mucho han diversificado el universo de estímulos, con